

discursojubilacion.es

Buenas tardes a todas y a todos.

Gracias por estar aquí. Ya me conocen: soy “El Jefe Paciente”. Hoy, por primera vez, me toca hablar sin reloj en la muñeca... aunque, por hábito, ya me puse un tiempo mental. Les prometo que será menos largo que un comité de seguimiento y más sabroso que un KPI.

Entré en esta casa en 1994 como analista. Tenía más pelo, menos canas y la absurda confianza de quien cree que un Excel resuelve todo. Pronto aprendí que lo que de verdad resuelve las cosas es la gente: la que pregunta lo necesario, la que escucha lo incómodo y la que se queda diez minutos más cuando hay que cerrar un tema importante.

En 2001, me encomendaron la expansión a Portugal. Nos fuimos con una carpeta, dos mapas, varias ilusiones y el convencimiento de que “mañana” en portugués se dice “amanhã” pero a veces significa “cuando se pueda”. Aprendí a negociar cafés, plazos y expectativas. Y, sobre todo, aprendí algo que me ha acompañado siempre: la integridad se nota cuando nadie mira, y el buen humor evita que los problemas se sientan más grandes de lo que son.

En 2010 tomé el rol de director de operaciones. Descubrí la belleza de las cosas que funcionan sin ruido: un turno que cuadra, una entrega que llega, un cliente que no llama porque todo salió bien. Desde esa trinchera, tuve el privilegio de ver cómo ustedes hacían magia con recursos finitos y exigencias infinitas. Ahí afilé mi sentido práctico: separar lo urgente de lo importante, y lo ruidoso de lo que de verdad mueve la aguja.

En 2018, nos zambullimos en la transformación digital con metodologías ágiles. No hicimos pósters para las paredes; hicimos prácticas para la gente. Sprint tras sprint, aprendimos a fallar rápido, a corregir sin culpas y a celebrar los

pequeños avances. Recuerdo la primera demo en la que un cliente dijo “ah, por fin lo veo”. Ese “ah” valió cada daily de 15 minutos que misteriosamente duró 30.

En 2021 me dieron el premio interno al liderazgo. No voy a mentir: me hizo ilusión. Pero también me recordó que los premios llevan un nombre, y los resultados llevan muchos. Lo recibí como portavoz de un equipo que no pierde el humor cuando arde el servidor, que pregunta “qué aprendimos” en lugar de “a quién culpamos”, y que se atreve a decirme “no es buena idea” con una sonrisa y buenos argumentos.

Permítanme una anécdota que aún me persigue. Auditoría importante, sala llena, traje planchado, gráficos perfectos. Se apaga el proyector. Tres intentos, nada. Yo, con mis mejores dotes técnicas, apreté el mismo botón cinco veces. Entonces respiré, tomé rotuladores, me planté ante la pizarra y dibujé todo: procesos, riesgos, mitigaciones, y hasta un diagrama con flechas torcidas. La auditoría se aprobó. Desde ese día, algunos me llaman el “PowerPoint humano”. Lo acepto, con la condición de que me cambien las pilas de vez en cuando.

He intentado vivir esta carrera con cuatro faros: integridad, humildad, aprendizaje continuo y humor sano. Integridad para decir “no” a tiempo. Humildad para pedir ayuda a quien sabe más, aunque tenga menos antigüedad. Aprendizaje continuo para entender que la experiencia es un gran mapa, pero el camino cambia cada temporada. Y humor sano para desactivar bombas que, en frío, eran petardos.

Hoy me despido del cargo, pero no de las personas. Si me buscan un lunes a las nueve de la mañana, quizá me encuentren haciendo algo temerario: no abriendo el correo. El verdadero lujo de esta nueva etapa será cerrar notificaciones y abrir ventanas. Brindaré por nuevas recetas, por más senderos y por la sabiduría de dejar un sudoku a medias si el café pide conversación.

Quienes me conocen fuera de la oficina saben que tengo una paella que alimenta multitudes. La paellera parece una antena parabólica, y confieso que

he aprendido más de liderazgo repartiendo socarrat que en algunas conferencias. Uno remueve, escucha, corrige la sal, deja reposar. No tan distinto de gestionar un proyecto. Y sí, mi última “reunión” con ustedes será una paella en la terraza. Sin acta, pero con cucharón.

También me llevo la cámara. He fotografiado atardeceres en viajes, pero descubrí que los mejores encuadres están en lo cotidiano: la cara de alivio cuando cerramos un mes difícil, el gesto de quien explica algo con paciencia, el cruce de miradas cómplices antes de tomar una decisión tensa. Esas imágenes se quedan conmigo, sin filtro y en alta resolución.

Quiero agradecer, de manera especial, a mi equipo. Ustedes hicieron posible que yo fuera “El Jefe Paciente”. Porque la paciencia se entrena, pero ustedes la hicieron fácil. Gracias por corregirme con cariño cuando confundí un atajo con un camino. Gracias por decirme “esto no escala” antes de que escalara mal. Gracias por mantener la curiosidad viva y la puerta de la risa abierta.

A quienes estuvieron antes que yo, gracias por la base sólida. A quienes llegan ahora, les dejo tres notas en el tablero:

- No acumulen problemas; trocéenlos como una buena cebolla. Lloro menos si se hace despacio y con buen cuchillo.
- Cuando algo salga bien, documenten el porqué antes de celebrarlo. Después, celebren sin prisas.
- Y cuando algo salga mal, pregúntense qué parte depende de ustedes. Eso devuelve el control y reduce el ruido.

A la dirección, gracias por la confianza, incluso cuando propuse ideas que sonaban raras en papel y funcionaron mejor en la práctica. Y gracias también por las veces que no funcionaron: ahí aprendimos a perder rápido y barato.

Me voy con los pies ligeros y el corazón tranquilo. No porque no los vaya a extrañar, sino porque sé que dejan esto mejor que como lo encontramos muchos años atrás. Lo que viene para mí es simple: más recetas, más caminos, más silencios bien merecidos. Y el gusto de apagar el correo un lunes a las

nueve sin sentir que el mundo arde porque yo no lo miro.

[Crea tu propio discurso personalizado en discursojubilacion.es](https://discursojubilacion.es)

Si alguna vez necesitan a su “PowerPoint humano” para una pizarra improvisada, me encontrarán entre el mercado de verduras y algún sendero de sierra. Y si lo que necesitan es arroz para cuarenta y una anécdota para cuarenta y dos, apunten: mi correo sigue siendo cto@kuchventures.com. Responderé... después del sofrito.

Gracias por estos 32 años, por la confianza, por la risa a tiempo y por los “no” que nos evitaron problemas. Brindo por ustedes, por lo que han conseguido y por lo que aún no saben que pueden lograr.

Nos vemos en la terraza. Yo llevo la paella. Ustedes, el apetito. Y la costumbre de hacer las cosas bien, que es lo único que no pienso dejar de aplaudir.

Este discurso fue creado con discursojubilacion.es. Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora en discursojubilacion.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursojubilacion.es